

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR,

D. ZACARIAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra; y reposó el día séptimo.
Y bendijo el día séptimo, y santificólo.
Gen. Cap. II. v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

De la Inmaculada Concepcion de Maria.

(Continuacion.)

Pero ¿no tenemos á la vista una ley general, un decreto de muerte, una sentencia de condenacion que comprende á todos los hijos de un padre prevaricador? ¿Cómo, pues, se ha librado la Virgen de ese comun anatema? ¿Cómo ha venido al mundo, atravesando el rio cenagoso de la culpa, sin manchar su vestidura, y saltando en tierra sin participar de la universal desgracia?

Cierto es que todos somos solidarios del primer pecado, y de sus funestas consecuencias. Sobre la frente de todos los nacidos brilla con siniestro fulgor un anatema de muerte, y una ley general que nos priva de la rica herencia de dones gratuitos y altísimos privilegios, perdidos por

un padre prevaricador, y nos hace, desde que somos concebidos, herederos de todos los males, y miserias, originadas de aquella funesta rebelion.

Pero Dios cuyos caminos son justicia, verdad y misericordia, quiso preservar á María del comun contágio, á fin de que el segundo Adán y la segunda Eva reparasen con su humildad y su pureza las ruinas que los primeros habian causado con sus rebeliones. ¿Quién osará poner límites á la voluntad de Dios? La concepcion en gracia de María es un privilegio de su divina bondad. La ley del pecado no se dió para la Virgen; el decreto de condenacion no comprendia á la mujer privilegiada que habia de engendrar al Salvador del mundo, y cooperar á la obra de la redencion.

El que pudo conservar ileso á Daniel y preservarle de la fiereza de los leones, ¿no pudo preservar á María de las mordeduras de la serpiente infernal? El que pudo reverdecer la vara seca de Aarón, y vestirla de bellas y perfumadas flores ¿no pudo hacer que de la estirpe humana dañada y seca por la culpa brotase María, esbelta como la palma de Cades, perfumada como la roca de Jericó, rutilante como la aurora de Mayo, mas pura que la esencia de la azucena, y mas blanca que el ampo de la nieve? El que pudo conservar intacta en medio del fuego la zarza de Horeb, ¿no habrá podido preservar á María de las llamas impuras que abrasaban con sus mortales incendios á las generaciones prevaricadoras? Porque Dios lo quiere, retroceden las aguas del Jordán para abrir paso á su pueblo. Porque Dios lo manda, fluyen y refluyen las aguas del mar Rojo, y mientras el pueblo escogido atraviesa el mar á pié enjuto, Faraon con todo su ejército perece ahogado en el abismo. ¿Quién puede limitar el poder divino? ¿Quién ha sido jamás su consejero? Y ¿quién es el hombre para erigirse en fiscal de las obras de Dios? Pereció todo el género humano en el mar de la culpa, y

pereció por culpa voluntaria de sus progenitores; salvóse María por la gracia y los méritos previstos del Hijo de Dios que habia de nacer de su purísimo seno para lavar con su sangre toda mancha original y personal, para romper los hierros de toda servidumbre, para salvar cuanto habia perecido, destruir toda iniquidad, restaurar toda justicia, y franquear á la humanidad culpable, pero redimida con el sacrificio de la Cruz, las puertas del paraíso.

Todos nacemos en pecado, privados de la justicia original, propensos al vicio, desterrados del cielo, herederos de la muerte y envueltos en muchas miserias. ¿Qué seria de nosotros si Jesucristo y su Madre que no conocieron pecado, no hubiesen pagado nuestras deudas, curado nuestras llagas y reconquistado nuestros derechos?

Si arde en nuestro pecho la llama de la fé y del amor; si hay en nuestro corazon un sentimiento de gratitud; si estimamos en algo nuestra propia dignidad; si comparamos nuestra dicha presente con nuestra pasada miseria; si hemos de corresponder de algun modo á los inestimables beneficios de nuestra redencion, levantemos la voz, y á imitacion de los

judíos de Betulsa, libertados por Judith, entonemos fervoroso y brillante epicinio en honor de María que con su belleza original, y el poder de su brazo destruyó la soberbia del infernal Holofernes, y nos libertó de torpe servidumbre.

No faltará el elogio, y las alabanzas brotarán constantemente de nuestros lábios en honor de nuestra Libertadora. Ella es nuestra gloria, nuestra alegría y nuestra honra. Su pureza original fué la base de su encumbramiento, el principio de sus grandezas y el primer florón de esa deslumbradora corona que ciñe su frente de Reina, que simboliza un mundo de virtudes, y el señorío de todos los mundos.

Grande es nuestra dicha al contemplar la grandeza de María, puesto caso que ella es grande para hacer grandes á sus hijos, ella es preservada de la culpa original para limpiar nuestras culpas, ella es poderosa para confortar á los débiles, ella es Madre de Dios para ser nuestra Madre, ella es Reina para darnos un trono en el cielo. No se cansen de mirarla nuestros ojos, de alabarla nuestros lábios, de amarla nuestros corazones, porque esas miradas son nuestra vida, ese amor es nuestro consuelo, nues-

tra fuerza, nuestra esperanza y nuestra salvacion.

Z. M.

VARIEDADES.

LA CRUZ DE LA VAL DE HUESO Y LA VIRGEN DE LOS PUEYOS.

LEYENDA TRADICIONAL.

I.

Conquista de Zoragoza.

Corria el año 1118 de nuestra Era, Alfonso I el Batallador, Rey de Aragon despues de haber unido á su corona las importantes plazas de Tauste y Tudela, ansioso de dar cima á la gloriosa empresa intentada por su hermano D. Pedro, preparaba sus aguerridas huestes para la conquista de la Ciudad de María. Desde el dia aciago para España, en el que, la monarquía Visigoda fué hollada por las banderas musulmanas, gemian nuestros devotos antepasados bajo el yugo opresor de los hijos del Islam, y lloraban sin cesar su cautiverio, en el pequeño Templo, que conservaba el testimonio de su fé, el galardón cierto y seguro de su futura y próxima libertad.

La Excelsa Reina de los Angeles no podia por mas tiempo tolerar los oprobios y crecidas vejaciones que sufrían sus hijos predilectos; la Justicia del Señor estaba satisfecha, y en sus inescrutables designios habia señalado el dia feliz de la libertad de los habitantes de la Ciudad dichosa santificada por la presencia de su Madre Santisima cuando aun vivía en carne mortal.

Alfonso el Batallador alentado por secreta inspiración del que dá y quita á los hombres el gobierno de los pueblos, con su ejército aguerrido en mil luchas vencedor, puso sitio á la Ciudad, y tras duro y sin igual combate colocó el estandarte de la Cruz en la cúpula mayor de la Mezquita de la insigne Saracosta.

¡Día feliz y dichoso para los fieles cristianos! Los que al mando del gran Batallador habían casi agotado sus fuerzas en la azarosa contienda, sintieron cobrar nuevo impulso y vigor al depositar sus ensangrentadas armas sobre el humilde altar de su celestial Señora la Virgen del Pilar. Los que por espacio de muchos años habían sufrido el duro yugo de la esclavitud, nadaban en satisfacción y júbilo y estrechaban con cariñoso afecto á sus esforzados libertadores.

Todo era felicidad y universal regocijo en aquel día por tantos títulos memorable. La Cruz triunfante y gloriosa, el orgullo del Korán humillado y desecho el Templo de María rescatado.

Pero en medio de tanta animación y alegría se vió llorar á una afligida mujer viuda del esforzado adalid que gloriosamente pereciera en el sitio de Tudela.

Alvar Nuñez había acompañado de cerca al Batallador en sus gloriosas jornadas, el rey hábale honrado con todo género de distinciones y mercedes por sus excelentes servicios en la guerra, y contábase el primero entre sus condes.

Su arrojo y casi temerario valor dió el golpe decisivo en el sitio de Tudela, pero si sus vasallos fueron los primeros que hollaron con sus plantas la ciudad navar-

ra fué á costa de la vida que una flecha, enemiga le arrebató.

Dos hijos dejó á su viuda, Rodrigo, que tan solo contaba uno cinco años, y otro que todavía tardó dos meses á ver la luz después de la muerte de su padre. Cuando este segundo nació, estaba Alfonso preparando el sitio de Zaragoza, y con el propósito de honrar la memoria de su padre, quiso apadrinarlo él, y que no fuera bautizado hasta que fuese conquistada la Ciudad, para dar solemne pompa al acto, y de esta manera inaugurar la iglesia que había de ser consagrada.

El sitio terminó gloriosamente, la viuda de Alvar Nuñez entró en la Ciudad con sus hijos llena de tristeza con el recuerdo de su esposo; pero ésta se convirtió en desesperación, cuando sin darse cuenta desapareció la nodriza, que era mora conversa, llevándose al recién nacido.

Ni la solicitud de la madre, ni su llanto, ni su desesperación, ni las investigaciones del rey, ni el empeño de todos los soldados, fueron bastantes para dar con el niño robado.

II.

La Cruz de la Val de Hueso.

Cuantos hayan visitado nuestras fértiles campiñas habrán más de una vez admirado carecomidos monumentos de piedra encorvados bajo el peso de los siglos. Me refiero á las cruces que se elevan majestuosas un medio de nuestros campos poniendo de relieve la acendrada fé de nuestros antepasados y protestando á la vez de nuestra glacial indiferencia.

Anhelando sin cesar ver arrojadas de España las impiedades de Mahoma, nuestros padres luchaban noche y día, y arrebataban palmo á palmo de manos de los moros el terreno que lastimosamente se perdiera en la funesta jornada del lago de la Janda. Pero luchaban por la fé, y para perpetuar la memoria de sus triunfos, que su piedad atribuía exclusivamente á Dios, elevaban en el teatro de sus luchas el signo glorioso de nuestra Redencion.

No lejos de la ciudad de Alcañiz, en el camino que conduce á la de Caspe, al pasar por la titulada Val de Hueso, sobre un tosco y casi ruinoso pilar se destaca inmensa y bien labrada Cruz de piedra, cuya magnífica y antiquísima construcción no deja de admirar á cuantos de cerca la contemplan.

Pensando que no ha de seros molesta voy á contaros la historia de aquel cristiano monumento, digno de un inspirado vate que lo cante.

Tras la conquista de Zaragoza por Alfonso el Batallador, los musulmanes vencidos hubieron de retirarse hácia el Sud de la Península y hácia los montes de la provincia de Teruel, pero no pudieron resolverse á abandonar por completo las fructíferas cuencas del Ebro y del Guadalupe; y en la ciudad de Alcañiz situada en la crilla izquierda del último de los citados rios no lejos de la actual Ciudad lograron hacerse fuertes. Aquella estratégica posición servíales de punto de partida para sus continuas algaradas y correrías en las que talaban y destruían cuanto encontraban á su paso.

El monarca aragonés no podía sufrir

con paciencia las atrevidas algaradas de los moros, y un invierno en extremo nebuloso protegido por la densa oscuridad, levantó en medio de poblado bosque no lejos de la población musulmana un amurallado castillo. ¡Figuraos cual sería la sorpresa de Alacor alcaide de Alcañiz al ver el primer día que salió el sol frente á frente de su castillo la fortaleza enemiga! Comprendió Alacor la importancia de aquella situación y dispuesto á sofocarla antes de que pudiera adquirir mayores proporciones, determinó reunir sus vasallos acostumbrados á los azares de la guerra y salir en contra de aquella naciente población creyendo cosa de poca monta el destruirla.

Era Alacor buen guerrero, anciano, fiel creyente, encolerizado enemigo de la Cruz, inflexible en la batalla, cariñoso en la vida de familia. Contra la costumbre de sus correligionarios, no había tenido mas que una mujer, y Ahlaz habíale negado, lo que siempre fué el objeto de sus súplicas, un hijo que pudiera sucederle en su eterno rencor á los cristianos.

Pero lo que la naturaleza le negó otorgóselo la desgracia. Cuando las armas cristianas le arrebataron su querida Saracosta, Zaida su mujer que no menos que él ansiaba un niño tuvo ocasión de conseguirlo, blanco como la nieve del invierno y hermoso como la azucena de los campos.

Una de sus esclavas lo arrebató á una señora cristiana, y lo que mas le halagaba era la seguridad con que la esclava decia que no había sido bautizado.

Zaida se convirtió en madre cariñosa

y Alacor dió por bien perdida la Ciudad del Ebro contando como mayor bien la dicha de ser padre siquiera fuese de un hijo adoptivo. Ocultóle su origen y desde los primeros días procuró inculcarle su odio atroz á los cristianos; no le tasó su cariño y cuidadosa educacion, y pronto lo fué acostumbrando al ejercicio de las armas. A los diez y seis años ya acompañaba á su padre á las frecuentes correrías por tierra de cristianos; llamábanle Ben-Alacor, y era amado por los vasallos de su padre con entrañable amor.

Veinte años contaba apenas, cuando apareció el castillo cristiano frente á la ciudad de Alcañiz, y cuando su padre determinó salir á combatirlo.

Ramiro II empuñaba el cetro de Aragón; por órden suya se levantó la fortaleza que todos conocemos, y su guardia se encargó á Rodrigo, esforzado jóven muy querido del Batallador, que en mas de una ocasion habia dado muestras de su prematuro arrojo, como legítimo heredero del valor y energia de su padre muerto en el sitio de Tudela.

No se ocultaba á Rodrigo lo comprometido que era conservar su fortaleza y defenderla de los ataques enemigos; pero confiaba en Dios, y en las súplicas de su madre viuda, que en su compañía lloraba la muerte de su esposo, la pérdida de su hijo menor antes de ser bautizado, y el peligro eminente de Rodrigo expuesto continuamente á caer en manos de los moros.

Alacor y su hijo acompañados de su aguerrido ejército, salieron por fin una oscura noche de Marzo á conquistar la

fortaleza enemiga; pero no pudieron sorprenderla, pues Rodrigo vigilaba y hubo de distinguir al enemigo antes que llegara á las murallas.

Esperábase en el castillo cristiano de un dia para otro el ataque de las tropas de Alacor, y la noche que nos ocupa, la madre de Rodrigo pedía á la Virgen del Pilar la Victoria para Rodrigo y la muerte para todos los enemigos. ¡Ignoraba la triste señora que pedía una merced que le habia de ocasionar terrible llanto!

Ben-Alacor cabalgando en su brioso corcel soñaba en el combate y rugió de furor al saber que habian sido divisados y que tenian que retardar el tiempo de la lucha. Tomaron posesion y á la mañana siguiente no bien habia salido el sol cuando Rodrigo con sus valientes cristianos salió al campo en busca del enemigo y vinieron á encontrarse en el punto do se eleva la cruz que todos conocemos.

La lucha fué reñida el combate sin cuartel, y hasta las cuatro de la tarde estuvo indecisa la victoria.

Desde el principio dos esforzados guerreros habian llevado el peso del combate, Ben Alacor con su fuerte cimitarra amenazaba al que retrocedía un solo paso en la lucha, Rodrigo enardecido con el recuerdo de su madre despreciaba los peligros y al frente de sus fuertes soldados luchaba brazo á brazo con los soldados enemigos. Por fin decidióse la suerte del combate y el musulmán huyó en retirada despues de haber luchado con arrojo y heróico valor. En vano Ben-Alacor quiso evitar la retirada, quedó solo en el campo de batalla desafiando á singular combate el adalid enemigo.

Rodrigo tipo del verdadero tipo cristiano de la Edad Media no pudo despreciar la invitación y separado de su vencedor ejército acudió al llamamiento de su atrevido rival.

III.

La Virgen de los Pueyos.

Ocultos ya entre las tinieblas de la noche perdiéronse aquellas muestras de valor comparables solo con el singular combate de Hector y Aquiles de Herminia y Reinaldo.

Fatigados ya de pelear, ya no obra en ellos el valor sino la desesperación y encono de dos tigres embriagados con su propia sangre. Diéronse un momento de reposo y reanudada de nuevo la pelea, Rodrigo cayó en fin herido de muerte al golpe de la fuerte cimitarra del fogoso Ben-Alacor.

El vencedor no pudo resistir al natural impulso de su generoso corazón ¡Desgraciado su victoria iba á ser para él una fuente de inagotable dicha comprada á precio de una vida que en la muerte le abrió las puertas de otra vida feliz y duradera. Tendió al vencido su mano cariñosa, y aquella mano fratricida al contacto de la de su hermano yerto y casi exánime sintióse herida de un fluido misterioso de celestial simpatía inexplicable al principio, pero que luego tuvo su natural explicación.

El vencido sintió perder su vida sin abrir las puertas del Cielo al que tan anchas á él se las abría; y divinamente inspirado, así habló á su enemigo: «Mussulmán, siervo tuyo soy, pues que en campal batalla me has vencido: tu corazón es grande y generoso á juzgar por

tu valgr. Siento que la vida se me escapa, y antes de morir he de pedirte una merced.

«Ante todo te perdono, y te ruego procures abjurar las doctrinas de Mahoma, enemigos de la verdad y de la luz, si así lo hicieras, la dicha y la felicidad será contigo; mi madre, queda sola en el castillo, yo te la doy, ella será tu madre y tú serás su hijo.»

En este momento la voz se ahogó en la garganta de Rodrigo. Sus palabras animadas por el fondo de verdad, y por la agonía de la muerte hirieron el exquisito sentimiento del ilustre vencedor, y contestó á su víctima: «Aláh me ha concedido la victoria y no mi fuerza, pero creo que tu muerte va á ser para mi grande desgracia: si son como tú todos los que adoran á la cruz, yo quiero ser cristiano, pero tú mueres. ¿Quién será mi maestro en la fé? ¿Quién me enseñará sus dogmas? Yo vencido por tu ejército con la nota de vil asesino en la frente no podré acercarme á ningún cristiano que me arrojará de sí como perjuró y criminal...»

La vida animó de nuevo las lividas mejillas de Rodrigo y quiso hablar, pero..... no pudo y de improviso en una oscura caverna próxima al lecho de Rodrigo aparece un esplendente resplandor; atónitos quedaron los guerreros, y después de su primera impresión distinguen una señora radiante de fuego y de belleza cuyo semblante cariñoso llenó á Rodrigo de consuelo y á Ben-Alacor de cariñoso temor. Una fuente de agua cristalina se veía brotar de las plantas de aquella celestial Señora, y sacando á

sus espectadores de aquella especie de estupor habló de esta manera:

«Rodrigo, he sido tu guarda, y tú has sido mi hijo predilecto, te he conducido á la presente situación para abrir á tu hermano las puertas de la gloria.... Ben-Alacor, tu padre no es el moro á quien defiendes, tu madre no es Zaida la musulmana, has sido el asesino de tu hermano, y él en pago de la muerte que le has dado, va á presentarte á tu madre después de haberte bautizado. Tú Rodrigo toma con las palmas de tu mano del agua de esta fuente y purifica con ellas el alma de este infiel.»

Haciendo un supremo esfuerzo, el moribundo cumplió el precepto de aquella consoladora visión. Ben-Alacor lleno de profundo sentimiento y de temerosa alegría recibió las aguas bautismales y abjuró solemnemente las doctrinas del falso profeta, y abrazó con dolor á su hermano y estrechólo con efusión entre sus brazos.

Quería darle la vida, pero la vida le dejaba, y antes de acabar el moribundo le entregó un precioso relicario, y le dijo Nuñez se llamaba nuestro padre, y tú le llamarás Nuño, vé al castillo y pregunta por la madre de Rodrigo, ella es tu madre.

Dichas estas palabras Rodrigo dejó de existir. Nuño creyó su principal deber ir á enjugar las lágrimas de su madre, y la madre que esperaba estrechar á su hijo Rodrigo vió con verdadera sorpresa que el que llamaba á su puerta era el antiguo Moro Ben-Alacor. Oyó referir toda llena de espanto lo que Nuño le refirió, y conformada como devota cristiana con la voluntad de Dios que

había dispuesto de su querido Rodrigo, bendijole por haberle restituido á su hijo perdido que debía haber sido bautizado solemnemente en Zaragoza después de su conquista, y celebró con solemnidad y pompa su Bautismo.

Los musulmanes vencidos fueron perseguidos por las tropas de Rodrigo hasta las puertas de Alcañiz; Alacor pereció en la batalla, la ciudad fué destruida, y Nuño el recién bautizado sucedió á su hermano en la guarda del Castillo cristiano; y para perpetuar la memoria de su milagrosa conversión, levantó una formidable Cruz en medio de la Val de Hueso, en el punto en donde por primera vez los dos ejércitos vinieron á las manos.

Recogió el cadáver de su hermano, derramó copiosas lágrimas en su presencia y levantó una suntuosa capilla en el mismo punto donde se apareció la Virgen; la fuente brota hoy día, y cuantos visiten la ciudad de Alcañiz pueden verla detrás de la actual ermita de la Virgen de los Pueyos, dentro de lo que los naturales llaman Virgen Vieja.

De (*El Pilar.*)

